

SOBRE LA MADRE

Subrayaba Ganivet el hecho de haberse defendido en España, con especial ahinco y calor, el dogma de la Inmaculada Concepción, aun antes de haberse proclamado.

Meditando sobre ello, me parece que todo ese entusiasmo, todo ese fervor que, como rasgo característico de nuestra forma de ser, se polariza en torno a la Virgen, aparte la devoción propia del creyente, lleva implícita, soterrada, toda una carga sentimental y de respetuosa admiración a la más noble, importante y entrañable función de la mujer, de toda mujer: la de dar vida y protección a una criatura.

La madre, para nuestra menta-

lidad, además de ser la suma de todas las perfecciones, el compendio de todas las virtudes es, sobre todo, el espejo nítido y sin mancha donde se refleja todo lo más puro y digno que somos capaces de imaginar. De ahí que al ser María el arquetipo de Madre, el pueblo sencillo, llano, emocional, la conciba sin manchas ni impurezas porque nada bajo o grosero puede ni debe alcanzarla; interpretación que no coincide con la teológica, pero que responde a la realidad de un modo de entender y sublimar el excelso fin de la maternidad.

Este entrelazar afectos humanos con sentimientos divinos, ha teni-

do sus consecuencias. El extendido culto a la Virgen, pese a que en las Escrituras siempre aparece en un segundo término, en discreto apartamiento, se debe, creo, a este amor a la madre, a la que de esta forma, en la mente del hijo, se hace participar de ese símbolo de pureza que es la virginidad de María. Así tenemos, pues, a la Virgen —madre divina y a la madre— virgen humana unidas por ese nexo espléndido de la maternidad y siendo objeto de un mismo amor.

También ello explica que el culto a la virgen sea siempre más popular, más explosivo, más cálido que el del propio Jesús; se materializa en Ella el más puro amor humano —el de hijo— que, como todo amor, tiene siempre ingredientes divinos. Y se enaltece a la mu-

jer, se la eleva a la más alta categoría a que haya podido llegar un ser humano, precisamente como consecuencia de su función de madre, la más trascendente de cuantas existen.

Cabría, ahora, hablar extensamente sobre el sentimiento maternal. Pero voy a limitarme a resaltar un hecho sustancial: su inscripcón instintiva en lo más hondo de la naturaleza femenina, que de esta forma le incita a cumplir el mandato genético de perpetuación y conservación del hombre, tal como fue dispuesto por Dios. Mandato, por otra parte, en el que ha puesto ternura, emoción y poesía.

M. MOLINA

